

mendo sacrificio. Mil veces te reitero mis saludos ¡Casa Santa! y una y mil veces sin cesar repetiré: *En la dedicacion de ese altar se ha verificado hoy la salud de esta Casa.*

Y tú, ¡Dios de las misericordias, siempre antiguas y siempre nuevas! recibe este homenaje que yo, criatura tuya, vil polvo, á nombre de este pueblo que te adora te ofrezco con las mas dulces efusiones de mi alma en testimonio de gratitud por los incomparables beneficios que te has dignado concedernos en la presente solemnidad. Haz ¡oh Dios de mi vida! que de ella vlemos á las eternas de la gloria, y que allí, corriendo alternativamente al trono de pureza y de candor de la Madre de tu Verbo, en compañía de los serafines de amor, le entonemos el tres veces Santa, ó al esplendente del de Jesus tu Hijo; y juntos con los patriarcas y profetas, con los apóstoles y mártires, con todos los habitantes de la Jerusalem celestial, en el tímpano, en el órgano, en el salterio, á ti Dios Padre Ingénito, á ti Dios Hijo Unigénito, á ti Dios Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, santa é individa. Trinidad, te alabemos, te confesemos, te entonemos el *hosanna* eterno.

SERMON

DEL PADRE ETERNO

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA
DE MEXICO EL 25 DE MAYO DE 1851

FOR EL

SR. DR. D. JOSE MARIA DIEZ DE SOLLANO

CURA INTERINO DEL SACRARIO Y DESPUES OBISPO DE LEON (1)

Narrabo nomen tuum fratribus.

Ps. 21.

Cuatro mil y mas años habian trascurrido desde que el *Fiat* Omnipotente del Criador hizo brotar del cáos de la nada cuanto existe en los cielos y en la tierra; y aquel Dios, que tan familiarmente trataba con Adán inocente en el Paraíso, ofendido sin duda por la culpa primera, no menos que por la corrupcion universal de su linaje, ocultaba á los hombres entre los resplandores de su divinidad los augustos nombres de su insondable majestad. Mas por último, llegó con el trascurso de los siglos y á pesar de las multiplicadas culpas de los hombres, el mo-

(1) Véase la nota puesta al fin de este sermón.

mento pronosticado por el profeta Baruch; y el Dios que se dignó llamarse Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, y que encontró el camino de la doctrina y lo dió á Israel su amado siervo, se dejó por fin ver sobre la tierra y conversar con los mortales. Entonces fué cuando el misterio escondido desde los siglos en Dios se reveló al hombre; entonces, cuando el torpe labio del que es polvo y ceniza pudo ya pronunciar los tremendos nombres de las soberanas personas de la Trinidad. Sacrosanta; entonces supo el hombre que el dulce nombre de Padre trae su origen divino, no ya de lo caduco y perecedero, sino que antes bien toda paternidad se denomina en la tierra no menos que en el cielo de aquella soberana persona que es la fuente y origen de toda la Trinidad. *Ea quo omnis Paternitas in terris et in caelis nominator* (1).

Este Padre, pues, tan desconocido á los antiguos patriarcas y santos profetas, y manifestado á nosotros por el Hijo único de su divino corazón, es el objeto especial de nuestros religiosos cultos el día de hoy. *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Para que mi torpe lengua profiera un algo de tan profundos arcanos de la Divinidad, necesito mucho mas que el santo profeta Isaías, que purifique el Señor mi boca mandando desde su alto solio una centella del fuego sagrado que perennal arde en el altar de sus holocaustos. Esto os suplica conmigo el cristiano pueblo que para alcanzarlo interpone la mediación de Maria llena de gracia.—**AVE MARIA.**

La excelencia y sublimidad del augusto nombre del Padre Eterno es tal y tanta, que parece que para ser anunciado á los hombres era menester no un ángel, no

(1) Ephes., III, 15.

un arcángel, no uno de los espíritus de las celestiales jerarquías, aunque fuese el mas encumbrado querubín, ni el primero aún entre los serafines; sino que mision tal requeria no menos que al mismo Verbo, para que el Unigénito, que está en el seno del Padre, fuese quien nos anunciara nombre de tanta grandeza. Y esto nos dá á entender el Espíritu Santo poniendo aquellas palabras en boca del Hombre Dios Jesucristo: Yo anunciaré, ¡oh Padre! tu nombre á mis hermanos: *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Y en verdad ¿quién conoce al Padre sino el Hijo? ¿Ni á quien jamás le ha sido revelado ese nombre sacrosanto, sino á aquel á quien le plugo al Hijo revelarlo? Los tronos, los principados, las potestades, toda la corte celestial no lo saben sino por este mismo Hijo: diré mas con San Agustín y con toda la teología, el Padre mismo no se conoce á sí propio sino en su Verbo; y en ese esplendor de la luz eterna es en donde únicamente puede ser visto aquel Padre. *Neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare* (1).

Varios son, por cierto, los nombres con que nuestro pobre lenguaje denomina y distingue á la primera persona de la inefable Trinidad; llámanle los santos doctores y teólogos, ingénito é innacible, para marcar por aquí una de las propiedades de esta divina persona. Mas en las Santas Escrituras solo se la encuentra nominalmente llamada con el augusto nombre de Padre, y esto sin duda no carece de misterio. El título de Padre, es, según los santos, la primaria y principalísima denominación de la primera persona; y encierra en sí la noción personal que le es propia y funda la relacion que la constituye: avanzará mas, porque mas avanzan tambien los Santos Padres. El nombre y la realidad de Padre tan lejos está de ser indigno de la Divinidad, que antes bien le es de tal manera propio á Dios, que solo en él obtiene toda su

(1) Math., XI, 27.

verdad y propiedad. Fácil me sería aducir en comprobación de este aserto una larga y no interrumpida serie de santos padres y doctores de la Iglesia; pero oigamos por todos algunos de aquellos que mas brillaron en discutir, comprobar y vindicar el augusto misterio de la adorable Trinidad de nuestro Dios.

El insigne San Atanasio se expresa así: "Solo en la divinidad el Padre es propiamente Padre, y el Hijo propiamente Hijo, porque solo en ellos se halla que el Padre siempre es Padre y el Hijo siempre es Hijo." *Sola in divinitate Pater proprie est Pater, et Filius proprie Filius est: in usque solis hoc consistit ut Pater semper sit Pater et Filius semper sit Filius!* (1) ¡Oh pensamiento altamente profundo! ¡Oh concepto nobilísimo digno de un Atanasio! ¿Con qué la grave dignidad de Padre solo en la divinidad surte todo su majestuoso carácter? ¡Oh Padre verdaderamente eterno, porque siempre has sido, eres y serás Padre, yo te adoro! ¿Quién sino tú, exclama San Gregorio Nazianceno, de tal manera es Padre que jamás haya sido Hijo? Tú solo eres propiamente Padre, porque jamás fuiste antes Hijo, como son entre nosotros los padres: *Pater proprie est, quia non etiam Filius* (2). Permitid, hermanos míos, explane un algo esta idea de tan grandes doctores.

El Padre, prosigue el Santo, es verdaderamente Padre, y mas que todos los que se denominan así entre los hombres, porque lo es de un modo singularísimo *quia singulari modo*. ¿Cómo? No por una acción corpórea, corruptible y pasajera, como la de los padres terrenos, sino por una acción eterna, indeficiente y toda intelectual. Oid á la Escritura, hermanos míos: Yo, le dice siempre el Padre al Hijo unigénito, yo hoy te engendré. *Ego hodie genui te* (3). Y esta voz del Padre es eterna, la profirió antes de los tiempos, la profiere hoy y la profirió siempre

(1) Ath. orat. 2, pág. 151.

(2) S. Greg. orat. 35, pág. 564.

(3) Pa. 2.

porque siempre es aquel *Hoy* indefectible é inmutable en que está concentrada toda la eternidad. Pero sigamos al santo doctor Nazianceno que continúa marcando la excelencia con que el Padre Eterno se aventaja con superioridad infinita á los padres temporales. Dice, pues, *tum quia solus* (6), los padres terrenos comparten, por explicarme así, la dignidad de Padre; la paternidad y la maternidad integran aquel todo, y la autoridad y las prerogativas las dividen entre sí el padre y la madre á quienes debemos el sér. No así aquel Padre Soberano; él lo es todo y con nadie comparte su acción ni divide su dignidad: él es el principio total, completo y adecuado de la generacion eterna de su Hijo consustancial. Oid otra excelencia: *tum quia solius*, prosigue el Santo: como la generacion temporal es transitoria y el término producido es finito y limitado, no agota la fecundidad del padre terreno; de aquí esa multiplicada descendencia con que Dios suele bendecir á los hombres privilegiados como prometió y cumplió con Abraham. Mas ¡oh y cuán distinta, cuán superior y excelente es la generacion eterna de aquel que siempre es padre! Su acción es toda de una vez, toda permanente, toda eterna é infinita; y su Verbo. ¡oh! el Verbo llena y adecua y agota el entender infinito y por esto es único. Razon digna del angélico Tomás de Aquino. ¡Oh fecundidad insondable del Padre! ¡Oh alteza incomprensible del Hijo! ¡Qué pobre, qué pequeña, qué nula aparece aquí la fecundidad terrenal! Bendito sea por jamás ese tu nombre inefable, ¡oh Padre! que nos reveló el Hijo encarnado: *Narrabo nomen tuum fratribus meis*.

Esto solo bastaría para entender por qué toda la veneranda antigüedad cristiana hizo tanta estima y reputó de tan gran valor en las Divinas Personas la denominacion de Padre y de Hijo, que la antepuso á todas las demás, con que suelen los teólogos significar á estas dos personas,

(1) S. Greg. orat. 23, pág. 421.

Más, ¿cuánto debe subir de punto nuestra sorpresa y estupor al oír aquella misma respetabilísima antigüedad aseverarnos del modo mas explícito y terminante, que el augusto nombre del Padre es tan propio y adecuado en la divinidad, que él es mas excelente y mas conveniente á Dios que el nombre mismo de *Dios*? Pues así es, hermanos míos, así es: Y para que vuestra convicción sea completa, os referiré literalmente las expresiones mismas de los santos. El grande San Cirilo Alejandrino, entre mucho mas que pudieran referirse, se explica así:

El nombre de Padre le conviene á Dios con mayor propiedad que el nombre mismo de Dios (1). *Nomen autem Patris magis proprie Deo convenit, quam Dei*: pero oigamos la razon, prosigue, porque el de Dios contiene la noción de la dignidad, mas el de Padre contiene la de una propiedad sustantiva. Porque quien dice *Dios* indica al Señor de todas las cosas; mas el que dice Padre, toca en lo que pertenece á la propiedad: *hoc enim dignitatis, illud autem substantivae proprietatis notionem continet. Nam qui Deum dicit universorum Dominum indicat: qui autem Patrem nominat, quod ad proprietatem spectat attingit.*

Demos alguna mas claridad á un pensamiento tan alto. Saber que existe un Dios á cuya imperiosa voz surgieron del caos de la nada esos magníficos cielos con todo su brillante ornato de luceros y grandes luminares, y ésta nuestra tierra con sus abismos insondables de aguas pobladas de peces, rodeada de una atmósfera surcada por variedad de aves; ataviada con todo el verdor y lozanía de los prados, cubierta de sombríos y majestuosos bosques, dispuestos con agradable sucesion de montes, colinas y valles; todo ordenado con sabiduría profunda; todo conservado con poder irresistible; todo regido con providencia suprema, es cosa que no se escondia al saber del pueblo judaico. Mas penetrar hasta el seno mismo del

(1) S. Cir. l. II. in Ioann. C. 7, pág. 961.

Altísimo, ver allí un Verbo, un Hijo único y consustancial que siempre é indeficientemente nace de su ciencia y de su sabiduría; esto si estaba reservado para que fuese el timbre glorioso del nuevo pueblo que debía heredar al antiguo y á quien aquel mismo Verbo humanado anunciase tan profundos arcanos, dándonos á conocer el augusto nombre de su Padre: *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

Pero aun no lo he dicho bastantemente. El nombre de Padre es tanto mas propio y mas digno de Dios que el nombre de *Dios*, cuando se aventaja al de Criador el de Padre, es decir, cuando mas sobrepuja y escede en excelencia ese Hijo á quien se refiere aquel Padre á esa pobre criatura producida por aquel Criador. *Est autem multo praestabilius*, dice el citado San Cirilo (1): *Patrem esse genitum, ac tanto quidem, quanto Filius opere est praestantior.* ¡Oh, y quién pudiera desenvolver aquí todo el concepto, toda la idea que entrañan estas sublimes expresiones! Pero el tiempo se me estrecha.

¡Oh Padre celestial! ¿quién jamás hubiera podido saber tu nombre, si tu Unigénito no nos lo hubiese revelado? Gracias te sean dadas á ti, Dios Hijo Jesucristo, que así desempeñastes tu mision sobre la tierra. Tú, al concluir tu carrera mortal y al volverte á tu Eterno Padre, le dijiste (2): *Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi*, como si dijeras: Padre, tú solo eras conocido como Dios por aquel antiguo pueblo Israelítico; mas ahora vas á ser reconocido, adorado y bendecido bajo tu propio nombre de Padre, por el nuevo pueblo, por el pueblo de adquisicion que me diste. Dichosos nosotros, hermanos míos, mil veces dichosos, repito, porque formamos parte de ese pueblo de adquisicion, de esa heredad Santa, á quien se confió secreto tan alto, escondido desde los siglos en el seno de Dios. Nuestro timbre, nuestra mayor gloria es ser hijos adoptivos, y llamar y reconocer por Padre á

(1) Thez., pág. 39

(2) Ioann., XVII, v. 6.

aquella Divina Persona por quien se denomina toda Paternidad en los cielos y en la tierra, á aquel que es Padre antes de todos los siglos y lo será por siempre; al Padre verdaderamente Eterno, que ni fué antes hijo ni jamás, ni aun por un instante deja de estar siendo Padre. ¡Oh dicha! ¡Oh dignidad incomprendible la del cristiano que tiene por hermano á Jesucristo, al Verbo eterno de aquel Eterno Padre, al Unigénito, al Hijo consustancial y siempre hijo del que sin término ni fin, es siempre Padre el mas augusto que jamás hubiera, cuyo nombre solo por este Hijo, ha podido revelárenos! *Narrabo nomen tuum fratribus meis.*

¡Oh nombre de Padre, mas excelente y mas propio de Dios que el nombre mismo de Dios! ¡Bendito seas por siempre por las generaciones de los siglos! Bendigamos al Padre con el Hijo y el Espíritu Santo ahora y siempre y sin fin.—AMEN.

NOTA DEL EDITOR

A solicitud de uno de nuestros abonados al *SERMONARIO*, amigo cariñoso del Illmo. Sr. Sollano, publicamos la censura que de esta pieza oratoria hizo el no menos respetable e ilustrado Sr. Dr. D. José M. de Jesus Belaunzarán, obispo de Linares, y sobre la cual llamamos la atencion de nuestros lectores por su importancia:

Parecer del Illmo. Sr. D. Fr. José M. de Jesus Belaunzarán, dignísimo obispo antiguo de Linares, de.

ILLMO. SR. Y VENERABLE HERMANO:

Al recibir el sermón que me entregó ayer tarde el Lic. D. Joaquín Primo de Rivera, secretario de V. S. I., obra del Sr. Dr. Rector del Colegio de San Gregorio y cura interino del Sagrario de esta Santa Iglesia Metropolitana, D. José María Díez de Sollano, predicado en esa santa iglesia catedral el día 25 de Marzo del presente año, luego entendí que se deseaba que leído que fuese por mí, pusiese mi dictámen para proceder á su impresion.

Lo leí, en efecto, con suma atencion y hallé una pieza sublimemente sabia, calificando á su autor de un verdadero Teólogo. Porque á la verdad, explicar como explica la generacion eterna del Verbo de Dios, la belleza y propiedad con que habla de ella, siendo como es inefable, al decir de Isaías; es preciso nos convenzamos de que el Espíritu Santo dirigió su lengua y hablaba por sus labios en su Cátedra.

Hay mas: la explicacion y aplicacion del texto en que apoya su discurso que tomó el orador del salmo 21 en que Jesucristo habla á su Padre de los hombres llamándolos hermanos, no hay, ciertamente, una verdad mas bien explicada y que deba engendrar en nosotros una esperanza mas firme de nuestra eterna salvacion. Por eso dice San Pablo en el capítulo VIII de la Carta á los Romanos: que el mismo Espíritu Santo nos dió testimonio asegurán-

donos que somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; y que somos herederos de la gloria suya: Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et haeredes: haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi. Una doctrina tan pura y tan conforme con el dogma de la Unidad y Trinidad de Dios y predestinación de los santos dicha con toda propiedad. ¿Quién no celebrará ésto en un teólogo mexicano? Se leerá en la sabia Francia esta pieza, y diré mas, en la misma Roma, con edificación y con asombro.

Dele V. S. I. el impulso que merece con su autorizacion para que vea la luz pública, y la lea con edificación el pueblo cristiano, que es tan interesado en el cumplimiento y aumento de su verdadera religion.

Hé aquí el deseo de este humilde hermano de V. S. I. Q. B. S. M.

Fr. José María de Jesus,

Antiguo obispo de Linares.

Convento de N. S. P. San Francisco de México, Junio 28 de 1851.

SERMON

DE

LA TRANSFIGURACION

PREDICADO EN HUAMANTLA EN 1858

POR EL

SR. CURA D. FRANCISCO FLORES.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es que permanezcamos aquí.

S. Mat., 17, 4.

Queriendo Jesucristo dar á sus discipulos una idea, aunque ligera, del paraíso celestial, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, y llevándolos á un monte muy alto se transfiguró delante de ellos, de manera que su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Entonces Pedro, al ver sobre la faz de ese Dios transfigurado, un rayo de aquella gloria inmortal que Dios reserva á sus escogidos, habiendo gustado como con los labios aquellas inefabables delicias del Señor, encantado con las celestiales dulzuras de su Maestro, lleno de un santo entusiasmo exclamó: "Señor, ¡qué bien estamos aquí!"

Pero ¿qué fué lo que vió San Pedro sobre esa montaña de Galilea, para fijarse ahí repentinamente y no querer ya descender? Ahí vió el cielo, el esplendor del tabernáculo de Dios: ahí escuchó los conciertos de Sion y los cánticos de la celestial Jerusalén. ¡Ah! Imitemos su ejemplo, sigamos su conducta, trabajemos sin cesar por adquirir ese cielo que debemos ver como la patria del hombre, porque para ella fué criado. ¿Y qué haremos para conseguir ese cielo del cual no quería separarse San Pedro en el Tabor? Penitencia, porque Jesucristo ha dicho: "Si no hiciéreis penitencia, no entraréis en el reino de los cielos." A propósito, hermanos míos, estamos en el tiempo de cuaresma, tiempo especialmente destinado al arrepentimiento, á las lágrimas y á la penitencia. Bastante hemos ofendido á Dios, bastante hemos provocado su indignacion y su cólera: ya es tiempo de que nos preparémos para pedirle perdon, para darle una satisfaccion competente por medio de una buena confesion; mas antes de manifestar las circunstancias que se requieren para la confesion, me permitiréis que os proponga estas dos proposiciones: 1.ª, que la confesion sacramental es una institucion evidentemente divina y tan antigua como el mundo; 2.ª, que se encuentra establecida en el Evangelio en los términos mas claros y formales.

1. Trasladémonos por un momento y en espíritu al paraíso que fué el lugar donde el hombre cometió su primera culpa. Ved ahí en el fondo de una floresta á Adán en compañía de Eva, la cómplice de su delito, escondido en el hueco de un árbol, temblando de miedo á la idea de los castigos de Dios, abrumado de vergüenza en presencia del vacío que la pérdida de la inocencia y la gracia han dejado en su corazón. En este horrible estado, lejos de pensar Adán en volverse á Dios, despues de haberle vuelto la espalda, solo piensa en alejarse de él cada vez mas y en ocultarse de su vista; y hubiera permanecido siempre en el abismo de su pecado si el mismo Dios no hubiese ido á buscarle y no le hubiera tendido la mano para sacarle

de él, porque el pecador puede abandonar á Dios por su propio albedrío, pero no puede volver á sus brazos si su misericordia no lo llama con su voz interior y lo atrae con su gracia. En efecto, oíd esa voz que se repite en la selva del paraíso: "Adán, Adán, ¿dónde estás?" ¡Ah! Es la voz de Dios que llama á este gran culpable para inspirarle confianza en su bondad; es la voz de Dios que excita á Adán pecador á que se arrepienta de su conducta y haga una humilde confesion de su pecado, á fin de obtener el perdon que habia de borrarlo y la gracia que habia de reparar sus funestas consecuencias.

2. Pues bien, Adán y Eva, comprendiendo que Dios quiere su arrepentimiento y su confesion, se arrepienten en efecto y confiesan su pecado. Adán dice: "La mujer que me habeis dado por compañera me ha ofrecido este fruto." Y Eva dice: "La serpiente me ha engañado." Pero dicen estas palabras, no tanto por excusar su culpabilidad, como para manifestar el gran disgusto que experimentan. En vista de esta confesion, Dios les impone una penitencia, pero una penitencia de humillacion, puesto que por el orgullo habian despreciado los preceptos de Dios y sus amenazas. Adán fué condenado á pedir á la tierra su alimento; pero un alimento que habia de ir siempre humedecido con el sudor de su frente. Eva fué condenada á vivir bajo la potestad del hombre y á parir hijos con dolor. Además, Dios perdonó á esos culpables en virtud de los méritos de Jesucristo, porque esas dos túnicas de pieles de corderos que Dios formó para vestir con sus propias manos á los dos esposos penitentes, significaban que el Cordero Divino, en la plenitud de los tiempos, habia de ser inmolado por los pecadores. Ved como desde el principio del mundo, luego que hubo culpables, tenemos la confesion inspirada por Dios, el arrepentimiento y la satisfaccion que son las partes esenciales de la penitencia. Luego la confesion de los pecados es tan antigua como el mundo y fué instituida por Dios.

3. La confesion no fué inventada por los hombres co-

mo se cree, porque si así fuera, conoceríamos á su inventor; pero no lo conocemos, ni nadie lo ha conocido jamás. Ninguna historia habla de él, ningun documento lo indica, ningun escritor amigo ó enemigo de la Iglesia hace mención de él; ningun libro, ninguna palabra hace sospechar su existencia. ¿Y creéis que el autor de una novedad tan grande y tan extraña pudiera ser desconocido? ¿Creéis que ese admirable explotador de la ignorancia y de la incredulidad de los pueblos hubiera pasado desapercibido? ¿Creéis que ese impostor en materias religiosas, que ese verdugo bárbaro de la conciencia cristiana hubiera podido permanecer incógnito despues de haber atravesado la tierra, despues de haberla trastornado, sin dejar el mas mínimo vestigio de su nombre ni de sus pasos? No es posible, como no es posible haya inventado la confesion. Decidme: ¿Qué hombre puede exigir del hombre que descubra á otro hombre, toda la miseria, toda la iniquidad, toda la injusticia, toda la perversidad de su corazon? Exijir del hombre que confiese espontáneamente á otro hombre, sus faltas mas humillantes, sus intenciones mas perversas, aquello que el hombre apenas puede confiar temblando á las tinieblas y á la soledad: aquello que le causa tanta vergüenza que quisiera ocultarlo aun á si mismo, es pedirle el sacrificio mas penoso y mas difícil; el sacrificio del pudor interior, el sentimiento mas delicado del alma que le distingue del bruto. Y un sacrificio de esta naturaleza, ¿creéis que el hombre lo haya podido imponer á mas de trescientos millones de hombres, y que haya podido existir diez y nueve siglos? Decir esto, es afirmar que se ha encontrado en el mundo un hombre de un rango tan elevado, de una autoridad tan imponente y de un poder tan ilimitado, que pudo imponer á los hombres una obligacion la mas repugnante al orgullo, la mas contraria al vicio, y esto sin haber causado el menor ruido, sin haber encontrado la mas pequeña oposicion. Pero decir esto es un absurdo ó bien es afirmar que este hombre era un Dios. Luego la

confesion de los pecados no es invencion humana, sino divina.

4. No es cierto que la inventaron los sacerdotes, porque éstos no podian inventar una cosa que les seria tan pesada y tan molesta. En efecto, señores, en nuestro ministerio, ésto es lo que mas nos molesta y nos fastidia, las confesiones. Para una confesion se nos llama á qualquiera hora del dia y de la noche, y cuando administramos en los pueblos, por una confesion se nos hacen caminar diez y mas leguas de mal camino, en medio del frio, del calor y de la lluvia, y esto sin ninguna recompensa, solo por el cumplimiento de nuestro ministerio. Veamos como se encuentra establecida en el Evangelio en los términos mas claros y mas formales.

5. Leamos el Evangelio y veremos que el Hijo de Dios instituyó el sacramento de la confesion. Un dia dijo á sus apóstoles estas palabras: "En verdad os digo que todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y que todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo." Otro dia despues de su resurreccion, habiéndose presentado á los mismos apóstoles que estaban reunidos en el Cenáculo, les manifestó sus llagas, les dió la paz, y en actitud de Maestro, de Legislador y de Dios, con un acento de majestad y de autoridad les dijo: "Así como el Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros." En seguida sopló sobre ellos, y con el mismo acento prosiguió diciéndoles: "Recibid el Espiritu Santo. Aquellos á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y aquellos á quienes los retuviéreis, les serán retenidos." Ved aquí la institucion de la confesion. Esa actitud de Jesucristo, ese soplo de su divino aliento que esparció sobre sus apóstoles y con el cual los envolvió en una atmósfera divina; esas magnificas y sublimes palabras con que acompañó este acto misterioso, todo nos indica que el Hijo de Dios, obrando como Dios, promulgó una ley importante é instituyó una cosa grande, sublime y divina. Todo nos revela que desde ese momento constitu-

yó á los sacerdotes medianeros entre Dios y los hombres; que los revistió de las facultades de Maestro, de Juez y de Médico; que dividió con ellos su propia autoridad; que les confirió su poder divino. En una palabra, los hizo sus ministros, los dispensadores de sus misterios, sus representantes, sus apoderados para la obra de la redención de los hombres.

6. De aquí se infiere que la confesion debe ser de boca, porque el sacramento de la penitencia fué instituido en forma de juicio. Y así como el médico no cura las llagas que no ve, ni el magistrado juzga los crímenes que no conoce, así tampoco el sacerdote puede levantar el brazo para perdonar ó retener los pecados que no se le confiesan, y no basta confesarlos á Dios, sino tambien á los sacerdotes, porque en su institucion se designan claramente tres personas: el pecador que se acusa, el sacerdote que absuelve y Dios que perdona por medio del sacerdote. ¡Ah! si fuera suficiente confesar á Dios los pecados para alcanzar el perdon, entonces Dios inútilmente hubiera dado á la Iglesia el poder de perdonarlos.

7. Luego la confesion fué instituida por Dios, es tan antigua como el mundo, está expresamente mandada en el Evangelio y debe ser de boca. Y ésta es la confesion que se necesita para que entremos en el reino de los cielos, donde como S. Pedro podamos decir: "Señor, ¡qué bien estamos aquí, porque el cielo es nuestra patria!" Ahí poseeremos á Dios, lo veremos como es en sí y lo alabaremos por siempre. Ahí veremos á ese Salvador que se transfiguró en el Tabor, que ha sido crucificado por nosotros. Ahí contemplaremos esas divinas llagas de las cuales ha salido la sangre de la redencion, y adoraremos ese Sagrado Corazon que nos ha amado tanto, y nos amará por los siglos de los siglos.

PANEGIRICO TEOLOGICO DOGMATICO

DE

LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO

ESCRITO PARA ESTA PUBLICACION
POR EL

PRESBITERO FR. JUAN RIVEROS

EX-MINISTRO PROVINCIAL DE SAN DIEGO DE MEXICO.

*Nemini dicentis rationem donec Filius
hominis á mortuis resurgat.*

Guardad en vuestro pecho este secreto hasta que el Hijo del hombre se levante de entre los muertos.

Math., XVII, 9.

Esta es la majestuosa expresion que acaban de oír de la boca de Jesucristo los felices espectadores de su gloria. Era inevitable encargales el secreto, porque siendo la divinidad del Mesias un arcano impenetrable para los oráculos del gentilismo, esperaban que su venida fuese en el mundo un espectáculo de orgullo, y que hiciese á Jerusalem el teatro de las grandezas humanas. Esa vana filosofia que se lisonjaba de penetrar los mas escondidos secretos de la razon, no alcanzó á ver la estrella de Jacob que alumbró al Hijo del Eterno. La soberbia habia logrado un puesto ventajoso y la humildad empezaba á

ejercer su poderoso dominio, mientras que los Maestros de la Ley encendian y llenaban de entusiasmo sus ideas. Por eso la cobardía de un príncipe ambicioso se aumentaba con la llegada de los Magos, porque creía que con su cautela ofuscarian su grandeza; antes bien contribuyó como un aviso para que los reyes de Arabia y de Saba le presentasen sus dones.

Así, los suspiros y vehementes deseos de los Padres y Profetas de la antigua ley sobre el Mesías prometido, se habían ya verificado. Los cielos enviaron desde lo alto su rocío; las nubes llovieron al Justo y la tierra brotó al Salvador deseado. Todos los oráculos que lo anunciaron se cumplieron perfectamente. Las semanas de Daniel corrieron presurosas á su término; el mundo todo vió con admiración el fin de las expresiones de Isaías y Micheas. Los hijos de Abraham se unieron entre sí, y por la consumación de ambos Testamentos, Ismael é Isaac reconocen un mismo Padre. En fin, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero y Salvador del mundo, habitó entre nosotros para hacernos percibir las delicias de su gloria como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Por eso fué necesario que esta suma verdad se vistiese de un cuerpo mortal y se acomodara á la flaqueza de nuestra vista, acostumbrada á las cosas materiales; porque siendo los hombres, en hermosa expresion del padre San Agustin, incapaces de ver á Dios en su misma sustancia, era inevitable que del seno mismo de la luz eterna saliese el rayo que habia de iluminar á los griegos y á los persas; para que indiferentemente todas las naciones rindiesen al Sér Supremo el culto y homenaje que en el Tabor le ofrecieron los dichosos testigos de su gloriosa transfiguracion.

Y así, despues de haber manifestado á Pedro y á los dos apóstoles el sublime grado de su divinidad, que goza como Dios, les advierte que como hombre ha de habitar la region de los muertos, de la cual se levantará glorioso, para hacer pública ostencion de su poder, y

que hasta entonces guarden en su pecho el prodigioso secreto que acaba de confiarles: *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Quiso decirles: "Mi grandeza se extiende mas allá de lo que alcanza la imaginacion; mi Espíritu es superior al de las mas altas inteligencias; y siendo igual y coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, mi esencia no admite distincion ni mayoría. Sin embargo, he querido parecer con la vestidura de esclavo para sembrar en los sepulcros los principios de la inmortalidad, salir victorioso del túmulo y animar las cenizas de mis creyentes.

Entonces ya no buscaréis entre los habitantes de Babilonia al soberano de la santa Jerusalem, y podreis revelar la vision que habeis tenido en el Tabor: *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Cristianos á quienes la solemnidad de este dia congrega en este templo, vosotros que meditais con gozosa expectacion la gloria del Salvador, no limiteis á movimientos de júbilo los frutos que debeis deducir de este misterio. *Jesucristo transfigurado*, no solamente es un motivo de regocijo á nuestra religion, sino tambien un apoyo firme de nuestra fe. Para alimentar ésta, propongo el asunto de mi discurso en estos términos: *La Transfiguracion de Jesucristo es el mas público testimonio del dogma en la union hipostática.*

Saludemos á la Virgen Maria llena de gracia.—**AVE MARIA.**

Este es mi hijo muy amado en quien pongo mis complacencias. Testimonio el mas auténtico con que el Padre Eterno quiso acreditar la unidad de naturaleza que tiene con el divino Verbo. Ni fué ésta la vez primera que se oyeron tan dignas expresiones; ya lo tenia asegurado en

el Jordán cuando el Hijo de Dios, para comenzar su misión, instituyó el sacramento del bautismo. Este es el fundamento de nuestra religión santa; éste el firme apoyo de nuestra fe; éste el ejercicio heroico de nuestra creencia, y ésta la voz con que publicamos que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es la segunda persona de la Trinidad Beatísima, y que como tal es una su divinidad con el Padre y el Espíritu Santo; que es increado, inmenso, eterno y omnipotente, lo mismo que las otras dos personas; que solo es menor que el Padre según la humanidad que recibió de María Virgen, por la que como hombre había de padecer por nuestra salud, bajar á los infiernos y resucitar al tercero día de entre los muertos.

Dogma el mas sublime y que nos asegura todas las operaciones que el Salvador obró en el mundo por su unión hipostática. *Por ésta, como Dios, se manifestó en el Tabor á sus tres discípulos con la plenitud de su Sér.* Primera proposición. *Como Hombre había de morir para unir al tercero día su alma gloriosa con su cuerpo, que estaba en el sepulcro.* Segunda proposición. *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.* Comencemos.

PRIMERA PROPOSICION.

Como Dios. El que fuere escrutador de la Majestad se oprimiría con su gloria. Anatema fulminado por el mismo Dios; pero anatema dirigido á aquellos espíritus de

presunción y orgullo que el grande apóstol San Pablo, desde sus días divisaba nacer en los venideros siglos para arrancar los fundamentos de la fe y la religión; no para las almas dóciles que haciendo un noble ejercicio de su creencia, confiesan con la mas sincera devoción la altitud y profundidad en los caminos y juicios de Dios.

Yo, señores, protesto de buena fe no ser mi ánimo investigar unos arcanos de que estoy convencido con el mismo San Pablo, que ni los ojos los vieron ni los oídos oyeron, ni puede nadie llegar á comprender. Tan solo en desempeño de mi asunto ocurriré á los principios católicos para deducir de ellos mismos: el dogma de la unión hipostática, con motivo de la festividad que celebramos este día.

Efectivamente, Dios era en sí mismo desde la eternidad. Nada produce necesariamente fuera de sí, y todo cuanto constituye su gloria, su grandeza y su justicia, todo es eterno. Por esta razón la unión del Verbo con la naturaleza humana, obrada en tiempo, solo podía ser efecto de su voluntad libre; por eso apenas previó la caída del hombre cuando formó un plan de reparación en el que explaya enteramente así su justicia como su misericordia. Quiere restituir á su perfección, por su Sabiduría increada, á la criatura que la había perdido por el pecado; y el Verbo, esplendor de su gloria y expresión de su substancia, condesciende en tomar sobre sí nuestras flaquezas para sanarlas.

Y qué, ¡las admirables obras *ad extra* dejarían de ser para el hombre objeto de regocijo en los hermosos días de su inocencia? ¡Ah! Entonces era cuando ostentaba su hermosura, forjada á semejanza del Altísimo; entonces mandaba con imperio á la naturaleza; entonces reinaba el orden, y el Señor se debía á sí mismo el hacer feliz su imagen en Adán. Pero aun despues de tantos beneficios no pudo sostener por mucho tiempo tanta gloria. Su orgullo le hizo registrar el libro de la sabiduría y creyó

saber tanto como Dios. Los sentidos mezclaron su atractivo con la curiosidad y deseo de gobernarse por sí mismo, y quebrantando el primer precepto de su obediencia, se hizo el blanco de las saetas de la justicia. Desde entonces se propagó un linaje proscrito para siempre; y siendo, como dice el Apóstol, hijos de un padre culpable, nacimos, no solamente sujetos á la maldición y al pecado, sino que le agregamos culpas voluntarias de nuestro propio albedrío.

La sangre derramada por un hermano envidioso; la monstruosa torre de Babel; la soberbia de Nabuco; las abominaciones de Eleazar y todo, todo cuanto podia idear la ceguedad del género humano, no ofreciera á los divinos ojos sino un espectáculo de impiedad, ingratitud y horror.

En vano se lisonjea el impío en su misma iniquidad; en vano logra el goce ilimitado de sus pasiones. Cuanto mas lucha con los sentimientos de la ley, tanto mas fatigan su espíritu los remordimientos de su perdida felicidad. Esta pintura es un poderoso ejemplo que debe recordar á la humanidad el plan maravilloso de las misericordias del Señor.

Porque ¿pudo darse mejor medio para disipar los errores y dar al hombre el conocimiento del Ser Supremo, que el que une nuestra alma con la misma verdad y nos da por guia de nuestro entendimiento á la misma Sabiduría eterna? La conversacion é intima familiaridad de un Maestro Soberano ¿no es el mas apreciable testimonio para publicar que su union hipostática es una obra sin comparacion mas excelente que los cielos y la tierra, que los ángeles y los hombres, y que su divinidad triunfa bajo las apariencias de flaqueza, de todas las fuerzas del mundo y del infierno?

Católicos, hagamos un obsequio reverente á nuestra fe, y á despecho de nuestros enemigos confesemos que el Hombre Dios, humillado á la presencia del Criador, llenó de rubor á los mortales, postrados ante las obras que ha-

bian fabricado con sus manos. Confundamos el pernicioso error de los que intenten seducirnos con otras doctrinas; apartemos de nuestros ojos al adulator halagüeño que exige de nosotros un sacrificio de impiedad, y constantes siempre en nuestro dogma, publiquemos á la faz del universo que nuestro gran Dios, sin perder nada de su Ser, se comunicó á la criatura de un modo singular y maravilloso.

Este fué justamente el misterio de su amor que debía aprovechar á los hijos de la Luz, mientras que su doctrina, segun el oráculo de Simeon, venia á ser ocasion de escándalo por la orgullosa sabiduria de los hijos de tinieblas. La monstruosa perfidia de unos hombres licenciosos no podia ver con indiferencia el cúmulo de portentos que el Salvador prodigaba á manos llenas: era muy contrario á su conducta el que Jesucristo tratase con los pecadores y fariseos; murmuraban de su agrado porque comió en casa de Zaqueo, y viéndose avergonzados en la acusacion de la mujer adúltera, no hallaban expresiones con que desacreditar el ejemplo y la doctrina de Jesucristo.

Sin embargo, se acercaban ya los dias de su triunfo, y al manifestar su poder recibió homenajes aun de los mismos que maquinaban su muerte. Doce hombres incipientes, para confundir la sabiduria de un mundo pagano, y débiles para destronar á los fuertes, era la comitiva ilustre que acompañaba al Salvador. Pedro, á la cabeza de estos primeros profesores del Evangelio, habia hecho ya una pública ostentacion de la divinidad de su Maestro, quien para asegurarle mas en su fe le pregunta: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" — "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo," le responde el apóstol con la mayor fe y satisfaccion. Respuesta tanto mas misteriosa y sencilla, cuanto que su revelacion no era por la carne ni la sangre, sino por especial don del Padre celestial; y tanto mas, que en doctrina de San Ambrosio, ella fué el principio de los altos designios para

que habian sido escogidos estos valientes defensores de la fe.

Por eso hallándose en la necesidad de prevenirle contra el escándalo de su Pasión, y para confirmar que era el legítimo Mediador entre el cielo y la tierra, dispuso presentar á la vista de sus tres discipulos en el Tabor, el mas delicioso espectáculo que jamás pudieron imaginar. Su rostro, mas resplandeciente que la claridad del sol y sus vestidos tan blancos como la nieve, ¿no eran objetos que debian sorprender la admiracion de Pedro, de Santiago y de Juan? ¿Dejarian en tal ocasion de representarse á Moysés y á Elias, que en mútua conversacion con el Salvador trataban los misterios de la Cruz? Si fué bastante la visita que Abraham tuvo de los ángeles para sentir su separacion; si Eliseo pidió á su Maestro acompañarlo en el carro de fuego; y si la vision de San Pablo lo enajenó de los sentidos, ¿con cuánta mas razon podria Pedro fabricar tres tabernáculos y permanecer en aquel lugar? Los que saben medir la distancia que hay entre unos bienes constantes y eternos y los caducos y perecederos, calificarán de justa su pretension. Ni es de extrañar que la voz del Padre Eterno que los cerca les hiciera postrarse sobre sus rostros hasta que Jesus los tocó para alentarlos y encargarles el secreto con estas patéticas expresiones:

“Si, gran Dios, así prevenís á vuestros electos y les confiáis el tesoro de vuestras misericordias infinitas: así levantáis á la eriatura del polvo de la ignorancia al sublime conocimiento de vuestro Sér; y de este modo la engolfáis en las delicias de la gracia. Vuestro nombre ha sido siempre respetable en todas las generaciones y vuestro poder y dominacion sin limites se extienden del uno al otro polo. Por tanta magnificencia, el Olivete y el Hermon cantan el triunfo de tu brazo omnipotente; mas el Tabor descollará sobre todos por el teatro magnifico de tu gloriosa Transfiguracion. Los testigos felices de tan admirable portento guardarán este secreto hasta que, libre

de los horrores del sepulcro, se una al tercero dia tu alma al cuerpo que obró en el Calvario el cruento sacrificio de la Cruz.” Segunda proposicion: *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

SEGUNDA PROPOSICION.

Como hombre. Cuestionen ahora los teólogos sobre si la herida del primer ángel fué por el horrendo atentado de ser Dios; ó porque noticioso de la humanidad de Jesucristo y enamorado de su propia hermosura, no quiso rendir adoracion ni tributar vasallaje á la *Union Hipostática*. Disputen en buena hora, si el desordenado amor de Adán á su consorte le hizo comer de la fruta prohibida, ó si el deseo de adquirir superiores luces á las que graciosa y liberalmente le habia franqueado la mano omnipotente del Altísimo, le precipitó al mas oscuro y horroroso desagrado. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que Jesucristo, levantándose de entre los muertos, nos asegura en la fe que profesamos. Porque su divinidad y omnipotencia se tendrían por cualidades usurpadas si no hubiese podido resucitar los principios de la vida, de la cual publicaba era Criador. Los milagros que obró hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo, y las hermanas de Lázaro no se hubieran lisonjeado de oír

estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida*. Lo mismo que si su poder, rindiéndose á la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo del sepulcro; su doctrina, tan pura y luminosa, la miraríamos como una mera produccion del entendimiento humano, pues careceria del carácter de infalibilidad y de la prueba mas clara de su ministerio.

De esta misma prueba se valia San Pablo para confundir á los judíos é iluminar á los fieles. "Si Jesucristo no resucitó, decia el apóstol á los corintios, nosotros somos unos hombres falaces, nuestra predicacion es inútil y vana nuestra fe. Pero al contrario, si el Hijo de Dios resucitó como se lo dijo á sus discipulos, la doctrina que os enseñamos es divina, la religion segura, los peligros que nos amenazan evidentes, sus promesas infalibles; sus misterios probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio."

Esta fué la práctica de Jesucristo en prueba de su mision. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. "Las maravillas de nada os servirian, decia á los rebeldes, si vuestro corazon está obstinado." No vereis otras que las de Jonás encerrado tres dias en el vientre de la ballena; como figura del Hijo del hombre, hasta unir su gloriosa alma con su cuerpo que estaba en el sepulcro. Observad sus obras durante su ministerio y veréis como camina por medio de milagros y portentos; como dispone á su voluntad de los elementos; como el ciego *a natiuitate* abre los ojos á la luz, que jamás habia visto; como el mudo y sordo bendice la mano que le da la palabra; como á su mandato el hijo de la viuda de Nain se levanta del féretro con nueva vida; como el paralítico recobra la sanidad de sus miembros; como la muerte misma no está ya segura de la presa que queria llevarse y como al oír su voz poderosa resucitan las cenizas encerradas en la oscuridad de los túmulos. ¿Qué podrá oponer la incredulidad á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para

atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, teniendo miras superiores en orden á su soberania, impuso silencio y ordenó á sus discipulos que no divulgasen sus maravillas hasta que hubiese salido del sepulcro: *Nemini dicertis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*. Así convenia á la virtud de su Omnipotencia, porque los demás milagros podian comunicarse á las criaturas; pero el de la resurreccion solo al Hijo de Dios le corresponde, como que él solo debe estar libre de entre los muertos; solo á él corresponde recobrar la vida que tres dias antes perdió en el Calvario, y á él solo mostrar tanta fuerza en la nada del sepulcro: *Nemini dicertis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*.

No con menos resplandor se manifestaron todos los designios que acompañaron á la vision del Tabor. Si acaso me fuera lícito averiguar en beneficio vuestro una providencia que todo lo ordena, diria que la eleccion de los tres apóstoles fué con miras superiores á nuestra comprension. Eligió el Señor á Pedro porque sabia bien que despues, en el rigor de sus tormentos, habia de negarlo, aun con juramento; eligió á Santiago, así para asegurarse de su promesa, como para confirmarlo en el valor con que habia prometido beber el caliz de amargura; y eligió á San Juan como un testigo fidedigno que habia de escribir á la posteridad la magnificencia de sus hechos. Esta economía tan admirable se advirtió en la conversacion de Moysés y Elías; al primero para descubrirle con mas importancia los beneficios que habia obrado en favor del pueblo escogido, y al segundo para instruirle en los acacimientos que veria, cuando como precursor del dia grande habia de preparar la venida del justo juez de vivos y muertos.

Así en obsequio de nuestra fe y para abrazar el dogma de su resurreccion, debemos confesar que en el mismo instante en que su alma se volvió á unir con su cuerpo, sujetó á éste enteramente á su imperio y lo eximió del poder de la corrupcion. Superando con su actividad la pe-

santez que parece nos clava á la tierra, parte como un rayo, se eleva por el aire y se va acercando á su trono con semblante afable y majestuoso. Mas resplandeciente que los astros y mas veloz que los espiritus, lo vieron los tres apóstoles elevarse en el Tabor. De igual modo el resplandor de su inmortalidad y todos los adornos de su triunfo son de un orden en el que nada está sujeto á las leyes de la mutacion.

De este punto, la muerte, atravesada con su propio aguijon, perdió el dominio sobre este vencedor glorioso. El valiente leon de Judá triunfó en la famosa batalla del Calvario. Aquella piedra angular, tan despreciada de los judios, se levantó llena de majestad y esplendor. Aquel Job tan cargado de calamidades y miserias se ha convertido en el mas perfecto modelo de nuestra constancia y sufrimiento. Por su inocencia encadenó á su carro triunfante el pecado, que fué el primer autor de la esclavitud del hombre; y tanto por su gracia como por su amor echaron los cuarenta y cinco años de su imperio la verdad y la virtud. Unió al tercero dia su alma con su cuerpo, y salió del sepulcro á fortalecer la fe de los apóstoles, que parece vacilaban despues de haber visto los oprobios de la Cruz. Ya desde este punto no se debia guardar el secreto que antes habia encargado. Publicaron sin recelo que era el verdadero Mesias; le confesaron públicamente en los cadalsos; todos derramaron su sangre en testimonio de su divinidad y asentaron la *union hipostática* por haberse levantado Jesucristo de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Convencimientos uniformes de nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo; su igualdad perfecta con su Padre; su cualidad de Redentor y su noble atributo de Salvador de todo el linaje humano, son motivos de nuestra gratitud y regocijo. La conexion entre los dos Testamentos se ve patente; las sombras se disipan y á la figura sigue la realidad; las profecias se cumplen; el conjunto de abatimiento y grandeza, carácter con que pintan los pro-

fetas al Mesias, deja de ser un enigma. Los apóstoles se glorian de su felicidad; la vision del Tabor se publica; Moysés y Elias dan testimonio de ella, y Jesucristo confirma su palabra resucitando de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Católicos, no despreciemos la bella oportunidad que se viene á nuestras manos. Estamos en un templo, cuyo titular y advocacion es el misterio que hoy celebramos; nos vemos en la dulce precision de rendir un público homenaje á las dos naturalezas de Jesucristo. Pidamos con sinceridad el remedio de nuestros males, y esperemos de su mano benéfica el goce eterno de su vista que por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á todos deseo.—Así SEA.